

Nuestra literatura, nuestras Bellas Artes, los intereses primordiales de nuestros riegos, toda la entraña y la substancia de nuestro vivir regional, palpité en su prócer inteligencia y en su corazón generoso. Sus estudios magistrales, su constante investigación en las cosas de Murcia, sus desvelos fecundos por el porvenir cultural de nuestra juventud, absorbieron día por día su actividad espiritual: y al declinar la tarde, en esa hora indecisa bañada por la luz azulada del poniente, a veces mucho más hermosa y más poética que la luz rosada del amanecer, con el paso rítmico, acompasado y grave del hombre que camina bajo el peso de su propio pensamiento, atravesaba las calles, ascendía a la altura del Malecón y sus ojazos claros y serenos contemplaban la ciudad y la huerta de sus amores. Desde allí, entreveía y requabraba con emoción diariamente renovada, a la *buena moza* de la fachada de la Catedral iluminada por los últimos destellos vesperales: percibía los aromas penetrantes de la tierra mojada, como diría nuestro poeta inolvidable Ricardo Gil, respiraba los perfumes de rosales, naranjos y limoneros en flor y descubría su frente bajo el soberano dosel que, de monte a monte se despliega, *desde el mar a la Vega, desde la Vega al mar*, como cantó nuestro llorado vate Jara Carrillo.

Entonces, «Cuando a las puertas de la noche umbría—Dejando el prado y la floresta amena—La tarde melancólica y serena—Su misterioso manto recogía...» según el soneto inmortal de Selgas, D. Andrés elevaba la cotidiana plegaria vespertina: y le parecía ver que brillaban lágrimas en *los ojos de la Torre*; y era que en el alma del gran murciano reberveraban las encendidas estrellas de su amor a esta nuestra tierra, tan digna de ser amada, que ya la llamaron los árabes «la tierra de la bendición de Dios».

No pertenecía Baquero a nuestra Sociedad; luchas y pasiones pretéritas, felizmente huidas de nuestra

